

Charterhouse Street

Las oficinas, en el número 17 de Charterhouse Street, estaban situadas en un moderno edificio acristalado. Tras presentarse en la recepción, dar su nombre, depositar el teléfono móvil en una bandeja junto a sus llaves y bolígrafo que siempre llevaba encima, le cacheó un hombre de la empresa de vigilancia; finalmente, le indicaron el piso y despacho al que había de dirigirse. Mientras esperaba el ascensor recordó la llamada que había recibido, hacía apenas tres días, citándolo en aquella dirección.

“Le llamo en nombre de Das Baers. Tengo que proponerle un asunto de negocios. Nos veremos, si le parece bien, en nuestra filial de Londres dentro de tres días, a las 11:00 horas”.

Claro, escueto e intrigante. Y le había parecido bien. Acababa de rematar un caso que no había sido especialmente complicado y estaba libre para aceptar lo que fuera. Incluso una cita con alguien desconocido que decía trabajar para Das Baers.

La puerta del despacho se encontraba entornada y la empujó mientras saludaba.

— Buenos días.

— ¿Señor Bishop? Pase, pase...

El hombre, de unos cincuenta años, alto, fornido y rubio casi albino, se adelantaba tendiéndole la mano.

— Pase y póngase cómodo, por favor.

Se acomodó en la silla señalada mientras su interlocutor lo hacía detrás del escritorio.

Con una sonrisa el hombre inició la conversación.

— ¿Sabe quién soy?

— Lo lamento – respondió mientras negaba con la cabeza.

El hombre ensanchó su sonrisa.

— Así debe ser si hago bien mi trabajo. Pasar lo más desapercibido posible.

Con un gesto indicó el mueble situado en una de las paredes del despacho.

— ¿Quiere tomar algo? ¿Té, café, una copa?

Volvió a negar.

— Me llamo Daan Van Der Walt y soy el jefe de seguridad de la compañía Das Baers.

Esta vez afirmó mientras pensaba qué era lo que quería el jefe de seguridad de una de las compañías más seguras del mundo, de un asesor de seguridad que trabajaba por cuenta propia. ¿Una externalización? Eso no era propio de una empresa como Das Baers.

— Sus referencias son sumamente interesantes... aunque un poco incompletas.

La cara de Van Der Walt tomó un rictus serio que le pareció que era impostado; sin duda había sido ensayado con anterioridad.

— Le hemos elegido porque usted reúne dos aspectos que nos resultan muy interesantes, quizá habría que decir absolutamente necesarios, para desarrollar el trabajo que queremos proponerle. En primer lugar, tiene usted formación académica como criminólogo, es decir, sabe usted realizar investigaciones y tiene una reputación hecha. En segundo lugar, según hemos podido averiguar, ha sido integrante de alguna de las fuerzas especiales dependientes del gobierno de Su Majestad, ¿quizás el SAS? – el señor Van Der

Walt enarcó las cejas como refuerzo de su pregunta – Sin embargo, no hemos podido acceder a ningún expediente, referente a ese período, que figure a su nombre... – hizo un gesto con la mano que intentaba aclarar que no había nada – por lo visto esos expedientes son destruidos al causar baja los integrantes. Ése es un aspecto que nos resulta muy interesante de usted. ¿Podría comentarme alguna de sus experiencias de esa época?

James Bishop no alteró sus facciones y respiró lentamente un par de veces antes de responder.

— Sin duda es usted conocedor de que, en el supuesto de que todo eso que usted cuenta fuese verdad y en el caso de que yo le contase algo al respecto, no pasarían ni veinticuatro horas antes de mi fallecimiento... digamos fortuito.

Van Der Walt esbozó una amplia sonrisa. Si duda era lo que esperaba. Dejó pasar un par de minutos y continuó haciendo un gesto de disculpa con las cejas.

— ¿Estaría dispuesto a trabajar para nosotros?

Bishop puso cara de estar perdiéndose algo.

— ¿Tendría algún problema en trabajar conmigo? ¿Con alguien originario de Sudáfrica?

De nuevo Bishop respondió con un levantamiento de cejas en indicación de sorpresa.

— Comprendería que alguien que estuviese... resentido, no quisiese hacerlo. En otro tiempo hemos sido... bastante intolerantes. ¿Supone para usted algún problema?

Bishop respondió realizando un gesto con la mano, de arriba abajo, sobre el lado derecho de su cara.

— ¿Se refiere a que soy hijo de un blanco y una negra?

No lo había tenido fácil. Había sido, durante toda su vida, el diferente, el único. Era el único negro en el colegio al que había ido, en donde las bromas pesadas y los desprecios cotidianos eran llevados con resignación hasta el

intento de acoso sufrido en plena pubertad, que había zanjado debido a su excepcional forma física, lo que le había valido una injusta expulsión de dos semanas del centro. Solo por defenderse. Cuando terminó sus estudios fue consciente de que para poder abrirse camino tenía una única solución, el ejército de su majestad. Allí las pautas de comportamiento se repitieron nada más llegar y también fueron atajadas de forma rápida detrás de uno de los barracones, con el resultado de un pequeño corte en su muslo izquierdo debido al cuchillo utilizado por su agresor y un brazo roto, el que portaba ese cuchillo. En el fondo había tenido suerte; toda la escena había sido observada por un sargento, el sargento primero McKnockando, escocés con pinta de jugador de rugby, que se encontraba reclutando personal en la base y que no solo no le había denunciado, sino que le había propuesto integrarse en el SAS. Tenía aptitudes, le había dicho. Lo que le decidió aceptar la oferta de realizar el duro curso que había de pasar para ser integrante del SAS, no fue la oportunidad de pertenecer a la élite de las fuerzas armadas, sino la mirada de McKnockando. Había ido una mirada por completo exenta de desprecio, de rencor; ni siquiera había podido apreciar condescendencia o compasión en ella. Esa mirada había sido neutra. Lo demás había sido fácil, duro y extenuante la mayoría de las veces, pero fácil. En cuanto mandos y compañeros advirtieron sus capacidades físicas y mentales se convirtió, por méritos propios, en un referente de la unidad. El ejército también le había proporcionado la posibilidad de ampliar sus estudios; oportunidad que se materializó en forma de licenciatura en criminología. El SAS había sido la única entidad en donde había sido tratado con las mismas condiciones que todos sus compañeros.

— Verá, señor Van Der Walt, hace tiempo que sé que lo único que iguala a las personas es el dinero — señaló a Van Der Walt — y de eso ustedes tienen mucho. Supongo que pagarán bien. ¿Qué le parece si me dice de una vez qué es lo que quieren? Así yo podré decirles si lo acepto o no.

Van Der Walt asintió de nuevo. Seguía dando la impresión de que era lo que esperaba.

— Tiene razón, señor Bishop — su expresión cambió a más seria, más profesional —, lo que tiene que quedar claro es que, tanto si acepta el trabajo como si no, no podrá hablar con nadie de nada referente a este tema.

Del cajón superior de su mesa extrajo un documento que tendió a Bishop.

— Y para eso ha de firmar este documento de confidencialidad.

Bishop lo leyó con calma y miró fijamente a Van Der Walt.

— Mi bolígrafo se ha quedado en la seguridad del edificio.

El jefe de seguridad sonrió y le alcanzó el suyo.

— ¿Sabe?, no tiene mucho sentido que me requisen el teléfono, mis llaves y un bolígrafo en la seguridad del edificio y usted me proporcione ahora un arma.

Van Der Walt sonrió mientras guardaba bolígrafo y documento en el cajón de donde habían salido. Se echó hacia atrás en su sillón y disparó la pregunta.

— ¿Qué sabe usted de los diamantes?

Bishop recordó la película de James Bond en la que le hacían la misma pregunta y estuvo tentado de responder lo mismo que el agente 007.

— Más bien poco. Sé que son una forma cristalizada de carbono puro... — sonrió levemente —. Si se refiere usted a si soy capaz de diferenciar un diamante de un vulgar cristal, lo cierto es que no.

— No se preocupe, yo tampoco, los diamantes no son lo mío — realizó un movimiento con las manos que definió un “qué se le va a hacer” no pronunciado y después continuó —. Los diamantes, por lo que sé, se clasifican por cuatro características: corte, claridad, color y quilates — Van Der Walt fue extendiendo dedos de su mano izquierda según iba enumerando —. Esas cuatro características determinan el valor de la pieza.

Realizó una breve pausa en la que lo miró con interés.

— ¿Ha oído alguna vez la expresión Naife?

Bishop negó una vez más.

— Naife es como se denomina a un diamante de excepcional calidad.

Bishop levantó las cejas haciendo, de forma muda, una pregunta que le rondaba hacía ya unos minutos: “¿A dónde quieres ir a parar?”. Esa era una de sus grandes virtudes: tenía una paciencia infinita.

— Hace más de un año se descubrió, en una vieja mina de diamantes abandonada, en Sierra Leona, una veta altamente productiva; no sólo en una cantidad que equipara a las más productivas del mundo, sino de una calidad que no se veía en años; creemos que el porcentaje de Naifes sobrepasa en mucho el cincuenta por cien.

El jefe de seguridad levantó su dedo índice de la mano izquierda y Bishop desvió su mirada hacia la muñeca derecha del hombre, en donde descubrió un Rolex. Zurdo, confirmó.

— Eso es algo que no había sucedido jamás — terminó de decir Van Der Walt.

Bishop asintió una vez más.

— En ese tiempo, diez meses exactamente, los diamantes extraídos se habían almacenado en un búnker oculto en lo más profundo de la selva del país. Hasta ahora. Hemos sabido que van a moverlos. Primero a Surat, en la India, en donde los cortarán y los pulirán y, después, algún destino de mercado final: Amberes, Nueva York... Desconocemos la ruta que seguirán para llegar al destino final, pero sin duda utilizarán una vía marítima, mucho menos controladas que las aéreas y terrestres. Probablemente utilicen algún puerto importante de Europa para disminuir las sospechas, quizá Rotterdam, Vigo, o Felixstowe aquí en Gran Bretaña.

Van Der Walt señaló con el dedo índice, esta vez el de la mano derecha, la bruñida mesa de su despacho. Bishop se quedó callado. Sin duda, en algún momento, dejaría su clase de economía e historia del país y se centraría en el tema.

— Lo curioso de todo esto, es que está sucediendo a espaldas del gobierno de Sierra Leona — afirmó de manera cómplice con la cabeza —. Las personas que están detrás de toda esta beneficiosa operación son un empresario de Sierra Leona, que es el encargado de moverlo todo en el país, y un eminente Lord, recientemente fallecido, que se encargó de la financiación inicial.

— Si esa mina de donde salen los diamantes de sangre no está controlada por ustedes, ¿cómo saben todo lo que me acaba de contar?

Van Der Walt sacó una cajetilla de tabaco de su americana y le ofreció con un gesto. Bishop negó con la cabeza mientras el jefe de seguridad hacía un nuevo gesto, esta vez cómplice.

— Recuerde el documento que ha firmado.

Bishop asintió.

— Tenemos infiltrados trabajando en todas las minas que no nos pertenecen o no tenemos controladas – suspiró de forma suave, como si lo desaprobara; con el suspiro expelió una bocanada de humo –, es un negocio muy duro el de los diamantes...

— Sí, ya me imagino.

Bishop se reacomodó en su silla, ligeramente incómoda para un despacho de lujo como aquel.

— ¿Qué es exactamente lo que quieren de mí?

— Lo que queremos es que se haga cargo de la interceptación de ese cargamento de diamantes de sangre.

Bishop no mostró el menor asombro, pese a que este comenzaba a embargarle. Más que asombro, era una especie de temor, un temor atenuado por el despacho y el traje de su interlocutor, pero temor al fin y al cabo, igual que el que sentía en su época del SAS cuando se adentraba en territorio enemigo.

— Con que le pasen la información que poseen al gobierno de Sierra Leona tendrían el problema solucionado.

El jefe de seguridad negaba, otra vez, con su mano izquierda.

— Eso sería cambiar unos por otros; en menos de seis meses esos diamantes estarían en el mercado, perfectamente blanqueados. Lo que necesitamos es neutralizarlos. Si esos diamantes llegan al mercado pueden provocar un... digamos... desplome del valor contractual del producto...

Van Der Walt hizo un gesto, utilizando sus hombros, que definía un “qué se le va a hacer” no pronunciado.

— Ya...

Bishop volvió a recolocarse en su silla.

— ¿Por qué no utilizar su propia gente? Ustedes tienen personal bien preparado para realizar ese trabajo.

— No, no puede ser. Todos nuestros efectivos, aunque numerosos, son conocidos. No podemos usarlos en algo así. Esto es trabajo para una sola persona, dos a lo sumo, que puedan pasar desapercibidas. Se requiere total discreción.

Bishop realizó dos inspiraciones pausadas, lentas, para que no se notase que las estaba llevando a cabo.

— ¿Sabe cuál es mi tarifa?

— Haría muy mal mi trabajo si no lo supiese — esbozaba su mejor sonrisa — esas quinientas libras diarias... se cotiza usted bien, señor Bishop.

— Ustedes también — fue la primera vez que Bishop se permitió una abierta sonrisa — y no se olvide de que siempre trabajo a gastos pagos.

— Sí, contaba con eso. Se le abrirá una carta de crédito en el banco que usted elija.

Bishop lo miró directamente a los ojos.

— En este caso la tarifa es especial, dada la naturaleza del encargo.

— ¿Y es?

— Es un encargo que va a llevar bastante tiempo, por lo que se me pagará medio millón de libras al inicio y otro medio millón al finalizar con éxito el trabajo.

— ¡Señor Bishop! ¿es que pretende retirarse a nuestra costa? — la sonrisa volvió a la cara del jefe de seguridad. Esperó unos segundos y asintió —. Está bien, el trabajo bien lo vale.

Van Der Walt encendió otro cigarrillo y expulsando una bocanada de humo añadió:

— Hay una condición que no es negociable — del cajón inferior del lado izquierdo de su mesa extrajo una caja que le lanzó a Bishop —, llevará este

teléfono y me mantendrá informado puntualmente de toda la operación. ¿Por dónde va a empezar?

— Empezaré pidiéndole toda la información que todavía no me ha dado.

Del mismo cajón del que había sacado el teléfono, extrajo una carpeta que depositó en la mesa, girada hacia Bishop.

— Ahí tiene; nombres, fechas, cantidades... todo lo que hemos podido averiguar... Memorícelo bien, esa carpeta no saldrá de este despacho.

Tras veinte minutos de lectura detallada, Bishop cerró la carpeta y se la devolvió a Van Der Walt.

— ¿Y empezará en...?

— Esa gente necesitará a uno de los mejores cortadores. No debe ser un mercado muy amplio ése. Quiero un listado de todos los cortadores que han sido bajas, por cualquier motivo, en sus respectivas empresas en los últimos cuatro meses. Ese listado contendrá, además, información personal de cada uno de ellos – miró con fijeza a su interlocutor – lo más detallada posible. Eso nos dará el primer paso a seguir.

Van Der Walt cabeceó afirmando y pulsó el botón de un intercomunicador.

— Venga, ha de redactar un contrato.

Mientras esperaban a que se redactara el contrato, Van Der Walt pensaba si debía comentarle que su propio antecesor en el cargo de jefe de seguridad había sido degollado en los Jardines Botánicos de Durban. Un asesinato por encargo, un profesional llamado Marrajo le había dicho la Interpol, que había quedado sin resolver. A eso había que sumarle que el fallecimiento de Lord Batlot no había sido natural, sino un asesinato horrendo. “No – pensó – si no sabe ver esas cosas es que no es el profesional que buscamos”.

La lista le había llegado, en un sobre lacrado a través de un mensajero, a su propio domicilio. “Nada de correos, nada de envíos digitales. Todo es

pirateable y necesitamos el mayor de los secretos. Nada más termine con esa lista, quémela”, le había dicho Van Der Walt.

El listado contenía casi una veintena de nombres: ocho jubilados, cinco muertos, tres detenidos y dos que habían solicitado la baja a sus empresas. Los jubilados estaban, además de muy mayores, todos localizados; unos, en sus residencias habituales y, otros, en diversas residencias para mayores, alguno de ellos en la Costa del Sol española. De los muertos – “¿Los muertos también?”, le había preguntado Walt, “Claro, podrían fingir su propia muerte para desaparecer” – había certificado de defunción de cuatro de ellos; del quinto no se había podido recuperar el cuerpo del naufragio que sufrió su velero. Los tres detenidos cumplían condena por robo en cárceles de Bélgica, Estados Unidos y Gran Bretaña. Finalmente, de los que solicitaron la baja en sus empresas, uno se había trasladado a la isla de Lanzarote, en una especie de retiro espiritual, donde se dedicaba a pintar cuadros; el otro había solicitado una excedencia para realizar un viaje alrededor del mundo.

Volvió a repasar el listado de los nombres y se centró en dos de ellos: el perdido en el naufragio y el aventurero alrededor del mundo. Repasó la información de cada uno y creyó verlo claro. Sacó el teléfono que le había dado Walt y marcó su número.

— ¿Señor Walt?... creo que tenemos a nuestro hombre... Peter Janssens... casi seguro... porque de todos los posibles es el más vulnerable... tiene una hija de unos veinte años... cualquier amenaza sobre ella y se tendrá al padre en bandeja... pues el siguiente paso es ir a visitar la casa de Janssens en Amberes, a ver qué se puede obtener allí... después lo de la India... sí, le mantendré al tanto de lo que vaya consiguiendo... adiós.

Bishop encendió su ordenador y realizó la compra de un billete de avión, destino Amberes, para el día siguiente. Después preparó su maleta en donde incluyó, sobre todo, ropa deportiva, además de un discreto traje gris y toda la documentación que necesitaría para los próximos meses.